

Raul Hilberg

MEMORIAS DE UN HISTORIADOR
DEL HOLOCAUSTO

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

arpa

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Prefacio | 11 |
| I. LA RESEÑA | 15 |
| II. CONTEXTO | |
| Los orígenes | 23 |
| Los años de formación | 38 |
| La encrucijada | 58 |
| III. LA APUESTA | |
| Documentos | 77 |
| Un arte | 90 |
| IV. SOBRE LA LUCHA | |
| Afianzándome en el cargo de profesor | 103 |
| El periplo hacia la publicación | 116 |

V. SECUELAS

| | |
|-------------------------------|-----|
| La guerra de los Treinta Años | 133 |
| Prácticas cuestionables | 150 |

VI. ¿QUÉ TIENE QUE HACER UNO?

| | |
|------------------------------|-----|
| La segunda edición | 173 |
| El diario de Adam Czerniaków | 189 |
| El tríptico | 203 |

VII. VIENA

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Epílogo. ¿Hilberg? ¡Segundo piso! | |
| Por Florent Brayard | 219 |

«La historia sin tragedia no existe;
el conocimiento es mejor
y más saludable que la ignorancia».

H. G. ADLER

PREFACIO

He dedicado buena parte de mi vida a estudiar una materia que en algunos aspectos fundamentales difiere de cualquier otra: la destrucción de los judíos europeos. Tanto conocidos como extraños me han preguntado en muchas ocasiones por qué inicié esta investigación y qué reacciones me encontré en el transcurso de mi trabajo. En esta crónica de mis experiencias refrendo y desgloso mis respuestas a estas preguntas. El resultado es una historia que trata sobre mi propia persona, pero que también hace referencia a una serie de fenómenos connaturales a la política de la memoria en Estados Unidos, en Israel y en Europa desde finales de los años cuarenta a principios de los noventa.

He compartido borradores de este escrito con mi viejo amigo Eric Marder, mi eterno agente literario Theron Raines, mi recién hallada alma gemela Walter Reich, mi esposa Gwendolyn, mi hijo David y mi hija Deborah. Cada uno ha abordado el manuscrito desde una perspectiva especial y ha compartido conmigo impresiones y sugerencias útiles. Les doy a todos las gracias por todo lo que me han dado.

I
LA RESEÑA

El jueves 15 de septiembre de 1992 me llamó mi agente literario, Theron Raines, un hombre culto nacido en Arkansas y licenciado en la Columbia College y la Universidad de Oxford. Raines es de los que siempre van al grano, de los que hablan en plata... Dijo que el siguiente domingo *The New York Times* publicaría una crítica de mi nuevo libro. Le agradecí la llamada, aunque lo hice con tono relajado, como sugiriendo que había llegado a una edad en que noticias como aquella no me iban a poner eufórico. Sin embargo, estaba satisfecho. Ya no tenía enemigos profesionales que aspiraran a destriparme por escrito. Por tanto, vía libre para fantasear y nada que temer. Pero Theron Raines añadió:

—No te va a gustar la última frase de la reseña.

Esa noche mi mujer trajo a casa copias de dos críticas que mi editor en HarperCollins, Aaron Asher, le había enviado por fax a la oficina. Una de ellas era la de *The New York Times*. Las leí ambas con avidez y decidí olvidarme momentáneamente, ya que mi hija había venido de visita

y no quería amargar la fiesta. El domingo yo me iba de gira para promocionar el libro, empezando por Boston, y ella regresaba a Jerusalén. Pero Aaron Asher estaba preocupado. Me llamó el jueves y me preguntó si había que responder a alguna de las dos reseñas, en particular a la del *Times*. Mi respuesta inmediata fue que no; eran debates complejos y no quería rebatirlos. Replicó diciendo que en el *Times* me habían acusado de falta de erudición. Contesté que era verdad y que, en cierto modo, se había tildado de deficiente mi investigación, pero que aun así no quería escribir una carta.

Conocía personalmente al crítico del *Times*. Me había invitado a dar una charla en su universidad y, en el *Times Literary Supplement* de Londres, había escrito maravillas de la segunda edición de mi voluminoso libro *La destrucción de los judíos europeos*. Pero ahora no solo rechazaba mi nuevo estudio, sino que corregía sus impresiones acerca de la segunda edición de mi obra anterior. En su nueva valoración analizaba toda mi vida, partiendo de la primera edición de *La destrucción de los judíos europeos* treinta años antes. Esa edición sí era merecedora de sus elogios y se preguntaba sin rodeos lo siguiente: «¿Qué hace uno cuando ha acabado una obra como esa?». En la reseña explicaba que yo había sido profesor de ciencias políticas en la Universidad de Vermont hasta jubilarme y que había inspirado a toda una nueva generación como mentor y guía. Decía que, al publicarse la segunda edición del libro en 1985, los críticos habían rendido homenaje a mi «proeza original», pero que algunos se habían sentido decepcionados con la nueva versión. Finalmente,

en mi nuevo libro *Perpetrators, Victims, Bystanders* había «mantenido la distancia» respecto a estudiosos más jóvenes, que habían escrito obras con documentación nueva y habían planteado nuevos interrogantes. En la última frase aseguraba que yo había pasado a ser «no tanto un explorador, sino una conciencia».

En mi vida, siempre había aspirado a saber la verdad sobre mí mismo. Ese era el juicio de un hombre que no tenía nada de ignorante y que no me deseaba ningún mal. ¿Y si tuviera razón? A los veintidós años, cuando decidí por mí mismo emprender esta cruzada, estaba trabajando solo e intentando lidiar con un tema enorme que simbolizaba la destrucción humana de nuestro tiempo. Me había sumergido en esa historia y me había adentrado más y más en los documentos de la burocracia alemana durante el nazismo para tratar de llegar hasta el fondo. Tenía treinta y cinco años cuando se imprimió el primer ejemplar. ¿Qué había hecho durante los últimos treinta y un años? ¿Qué me había ocurrido?

Compartí la crítica con mi viejo amigo Eric Marder. Me dijo que no le parecía tan mala, considerando las frases de alabanza en los párrafos dedicados a mis primeros logros. Le pedí que la relejera de principio a fin, asegurándole que yo mismo la había estudiado cinco veces antes de poder absorber todo su peso. Me volvió a llamar tras haberla leído cinco veces. No era tan buena, confirmó, pero para él la pregunta del millón era: ¿por qué debía aceptar las premisas de aquel crítico? ¿Por qué tendría que estar de acuerdo con sus conclusiones? Le contesté aduciendo que tenía que mantener la lucidez

por encima de todo. Nunca había intentado autoengañarme y, en aquel momento, para mí la verdad cobraba más importancia todavía. Tal vez mi bagaje creativo se había agotado hacía tres décadas. Podía ser que, desde entonces, simplemente hubiera vagado sin rumbo por el mundo.

Aun así, no las tenía todas conmigo. Cuando acabé el nuevo libro, centrado en la gente y no en los sucesos, no dudé en mandárselo a Theron Raines. En HarperCollins, Aaron Asher había leído el manuscrito y lo había aceptado sin reservas. Todavía era pronto; el libro iba camino de las librerías. ¿Por qué no esperar? Aunque las notas al pie habían sido relegadas al final del libro, no se habían perdido, así que alguien aún podía señalar la variedad de mis fuentes. Si la obra era demasiado sutil, como planteó Eric y como creía mi hijo, otro crítico podía descubrir perfectamente la complejidad. En cuanto a las ventas, las grandes tiendas podían haber acumulado los ejemplares para los clientes que deambularan por los pasillos.

El domingo 20 de septiembre por la mañana me embarqué en un avión en dirección a Boston. Llegué esa misma mañana y compré un ejemplar del *Boston Globe*, para el cual había escrito una reseña una vez, pero no decía nada. Fui a la gran tienda Barnes & Noble, la única librería abierta antes del mediodía, pero el libro no estaba. En la política norteamericana, hay noches electorales en que un candidato, luchando por sobrevivir, espera el resultado de la votación en una circunscripción concreta de vital importancia porque un mal resultado ahí supondría perder toda la contienda. Para mí, Boston fue ese test.

Volví al hotel a almorzar en un comedor que quedaba justo encima del restaurante The Last Hurrah, que estaba en la planta baja. La comida era sorprendentemente buena, pero todavía mejor era el guitarrista que tocaba en la sala. Escuché su hábil interpretación de *Recuerdos de la Alhambra* de Francisco Tárrega y, de repente, me abrumó una tristeza apabullante. Era el final, el final de verdad, con independencia de lo que pudiera ocurrir después. En aquel preciso instante estaba a solas conmigo mismo, diciéndole adiós a la vida.